

UN MINI-PLAN PARA LIMOSNEROS⁽¹⁾

Juan Carlos Simons Solis

«Lo único que importa y vale en la coyuntura actual es lo que cada uno está dispuesto a hacer por sí mismo para poner remedio a sus males. Estar siempre a la espera del maná bíblico, querer vivir eternamente de la largueza ajena es admitir la propia impotencia. O no saber lo que es vergüenza».

«NOTA DE ACTUALIDAD», Editorial de Prensa Libre. Agosto 20 de 1981.

Ha sido motivo de comentarios internacionales el plan de recuperación económica que los Estados Unidos han esbozado para algunos países de Centro América y El Caribe, el cual han dado en llamar «Mini-Plan Marshall». Para este Plan se han reunido los Estados Unidos con representantes de México, Venezuela y Canadá, los cuales han dado «consejos» y han impuesto condiciones para llevar a cabo el mencionado Plan. Este lo relacionan con el que los Estados Unidos tenía programado para la recuperación económica de Europa que se destruyó en la segunda guerra mundial, el cual se apellidó «Marshall» en honor del Secretario de Estado estadounidense de esa época.

Hay muchas personas que creen que el «milagro económico» de Alemania se debió exclusivamente, al mencionado plan, pero lo que es indiscutible es que la figura que se conoce como el «Padre de Alemania» y quien fuera el eje central de la recuperación económica de ese país, fue quien llevó a cabo «su» plan, el cual era distinto al que el Gobierno norteamericano quería llevar a cabo. Dicho personaje, el Dr. Ludwig Erhard, se expresa de este tema de la manera siguiente:

«Los discípulos de la tesis inglesa del pleno empleo, que tenía un sello propio de nacionalismo económico, los partidarios del «dinero barato» y de la «austeridad» contrajeron una sorprendente alianza con funcionarios americanos de la Alta Comisión que, alarmados por los elevados excedentes de importación, pensaban con temor en el próximo fin de la ayuda Marshall. Y así, casi todas las fuerzas emprendieron un ataque general contra la economía alemana de mercado libre, olvidando que nosotros, solamente mediante un incremento de la productividad y mediante una competencia libre unida al aseguramiento de nuestra estabilidad dineraria, podríamos afianzar lo suficiente nuestra posición en el mercado mundial y conquistar así las bases generales para abastecer a la población de la Alemania Occidental, cuya cifra se había incrementado considerablemente».

«Contra semejante expansión monetaria forzada y artificial, dirigí mis esfuerzos del modo más intenso. Hubo de aguantar entonces que se me censurase por inactividad, cosa grotesca, pues hasta allí todo había sido reproches por vitalidad excesiva. Pero a mí no me cabía la menor duda del enorme peligro que una imprudente política expansiva hubiese supuesto, a la larga, no sólo para la conseguida estabilidad de nuestra moneda, sino también para el equilibrio de nuestra balanza de pagos. Siguiendo esa política nos hubiésemos tornado desleales al nada más iniciar aquel camino que había de llevarnos a una meta de leal intercambio en el comercio internacional. Teniendo en cuenta la

importancia vital de nuestro comercio exterior, había que impedir a toda costa semejante catástrofe»(2).

El resultado lo tenemos escrito en la historia: Erhard triunfó ante los planificadores americanos y alemanes al implantar, contra viento y marea, la economía libre, a la cual llamó «Economía Social de Mercado».

De la misma manera podemos estar seguros que ningún Plan que no sea el de liberar la economía de nuestros países será la solución a nuestros problemas. El financiamiento, incentivos a las inversiones, trato preferencial o cualquiera otra cosa poco o nada tienen que ver con el fondo del asunto. Un país donde exista un verdadero ambiente de libertad económica tiene garantizado (sin necesidad de la «benevolencia» de México o Venezuela) todo lo que necesita para su desarrollo, ya que el capital, que es el factor más importante para solucionar el problema de la pobreza, recurre a cualquier parte en donde su rendimiento depende del mercado y no de decisiones arbitrarias que amenacen con expropiarlo o confiscarlo.

Yo me pregunto, ¿Qué capital recurrirá a El Salvador, aunque los Estados Unidos así lo desearan, si tiene el gran riesgo de que el Gobierno lo considere como posible candidato de ser nacionalizado? Si la Junta de Gobierno ha estado estatizando el sistema financiero, la comercialización agrícola, la propiedad agrícola, ha prohibido ciertas importaciones, y en general, se está encaminando cada vez con más intensidad hacia el socialismo, lógicamente podemos inferir que lo que cualquier país le dé, de ayuda económica o financiera, se diluirá en poco tiempo y el problema persistirá hasta que no se cambie de política económica en el sentido de permitir que el capital fluya *voluntariamente* hacia ese país. Y así como en El Salvador, en cualquier otro país.

De México y Venezuela no podemos esperar otra cosa que consejos oportunistas con alto grado de intervencionismo, lo cual se ha evidenciado en los últimos tiempos. Esos países son grandes en recursos, sin embargo, tienen problemas de pobreza extrema que no han podido solucionar. Naturalmente que sus Gobiernos ostentan opulencia, pero mucha de la riqueza se ha quedado en manos de altos funcionarios, porque para crear y alimentar elefantes burocráticos han sido buenos, sin embargo sus ciudadanos no prosperan. ¿Será el consejo de estos países lo que necesitamos?

El problema de la pobreza es el resultado de medidas económicas que, si bien se han venido usando en las últimas décadas, son culpables en gran parte de las distintas crisis económicas que el mundo ha vivido. La afirmación anterior, lejos de ser una aseveración dogmática, cuenta con respaldo de la experiencia. Desde el caso de Chile con el Presidente Allende, pasando por Perú con los militares «reformistas», hasta llegar a la Costa Rica actual, se demuestra que no importa qué tan acelerado se lleve a cabo el proceso de socialización económica, el resultado final es el mismo: caos.

Se dice que con el Mini-Plan Marshall se pretende encontrar solución a los problemas políticos de la región, al aliviar las presiones sociales derivadas del deterioro de las economías de estos países. Dicha teoría podía esperarse que la esbozaran algunos de los países mencionados, pero no los Estados Unidos. Sin embargo, parece ser que el Secretario de Estado, Alexander Haig, cuenta con la luz verde del Presidente Reagan para

apoyar dicha tesis junto los Gobiernos «hermanos» de México y Venezuela. Los elogios que recibió el Sr. Haig por parte del Ministro de Relaciones Exteriores mexicano, Jorge Castañeda (quien según un informe del Executive Intelligence Review del 13 de enero de 1981, es hijo del Jefe de la Internacional Socialista en México y que además pertenece al Partido Comunista mexicano) podrían ser motivo de preocupación.

Lo que se espera del Gobierno actual de los Estados Unidos no es precisamente que se congrece con Gobiernos que se han caracterizado por servir de peones al Comunismo Internacional. Todo lo contrario, esperábamos que los Estados Unidos resumieran su posición de líderes del mundo libre propiciando el sistema que les permitió llegar a ser el país con el más alto nivel de vida del mundo. Sin embargo, parece ser que la tesis de Carter, de que para los países subdesarrollados una economía de subdesarrollo, todavía tiene influencia en la administración actual (recordemos que algunos de los principales colaboradores de la política de Carter, todavía se encuentran ocupando cargos en el Departamento de Estado).

Si vamos por ese camino, el problema político, lejos de aliviarse, se acrecentará, ya que quienes podrían haber visto y por lo tanto temido, a los Estados Unidos como la potencia que defendería y promovería el sistema capitalista, se sentirán con ánimos de, incluso, utilizar para su conveniencia, el complejo de culpa de los norteamericanos y harán lo imposible para atarlos de manos mientras que ellos continúan llevando adelante su estrategia para esta parte del mundo.

El Mini-Plan Marshall, como cualquier otro plan que se base en dádivas intergubernamentales como factor de desarrollo, causará más daño a nuestros países en la medida en que más pobre sea cada uno. La limosna tiene como consecuencia fomentar la haraganería a todos los niveles y por otro lado, aceptarla nos daría la idea de que podemos elevar nuestro nivel de vida dependiendo de los «regalos» que recibamos, independientemente del sistema económico que tengamos.

No necesitamos de dádivas ni de ningún tipo de intervención, lo que necesitamos es, en la parte política, sentir el respaldo de los países amigos que comprenden nuestros problemas y que no desconocen el hecho de que el terrorismo que padecemos es motivado por consigna internacional y cuyas acciones tienen un propósito que va siempre en beneficio de los intereses soviéticos. Siendo un movimiento internacionalista el que nos ocasiona el problema, la causa de la libertad también debe contar con el apoyo internacional de los amigos.

Naturalmente, que no sólo seguridad necesita un país para desarrollarse, también es imprescindible establecer una base sólida en su estructura económica. Dicha base debe de fundamentarse en el objetivo primordial de causar la elevación del nivel de vida de la gente y esto se logra, principalmente, dándole seguridad al capital, pero además de seguridad física, seguridad en cuanto a que no se le confiscará ni se le expropiará y que el clima de inversión le dé posibilidades de obtener beneficios. Es decir, el capital, que es la más efectiva solución a la pobreza, necesita ser atraído con actividades rentables, pero la rentabilidad y el intervencionismo estatal están en relación inversa.

Generalmente, un plan de los que suelen hacer los tecnócratas (llámesele Plan Marshall o Plan Haig) tiene un alto grado de manipulación en la economía del país que se trata de beneficiar. Se empieza por decir que enviarán ayuda financiera para determinado sector (agrícola, comercial o industrial) porque «se le considera de prioridad», se ofrecen préstamos «blandos» subsidiados con la mejor buena voluntad, sin embargo éstos hay que pagarlos y el problema que tenemos es precisamente que la intervención en la economía ha convertido a los negocios en este momento en no productivos. No es *problema de financiamiento en sí, el problema es de rentabilidad*. En un país política y económicamente estable, no existe problema de financiamiento, éste acude espontáneamente sin necesidad de tanto «incentivo». La rentabilidad es el incentivo. En un país inestable la rentabilidad tiene que ser tanto mayor que compense el riesgo. De lo contrario no consigue capital.

Podemos imaginarnos lo que es realmente un barril sin fondo, pensando en lo que le pasará a Guatemala (o a cualquier otro país) si queremos inyectarle dinero sin haber antes taponeado los agujeros del fondo. Algunos de los agujeros son: control de cambios, impuestos de exportación, tasas rígidas de interés, paridad arbitrariamente fija, y aranceles de importación altos, para mencionar algunos. Romper con las cadenas tradicionalistas requiere fe, valor y coraje, porque la idea del establecimiento de una economía libre tiene muchos enemigos (algunos disfrazados de amigos y hasta de voceros) sin embargo, la mediocridad tarde o temprano queda en evidencia y los falsos amigos se descubren.

El nivel de vida de nuestras gentes no mejorará con limosnas, lo que necesita nuestro país es que se lleve a cabo una verdadera reforma económica, monetaria y fiscal que permita poner en marcha el aparato productivo y aprovechar al máximo el potencial de riqueza que tenemos. La única forma que se me ocurre es la de liberar la economía.

(1) El presente artículo se publicó en «El Imparcial» el 23 de Julio pasado, con el título de «El Mini-Plan de Sub-Desarrollo».

(2) Ludwig Erhard. «Bienestar para Todos», Barcelona. Ediciones Omega 1959.